

Presentación

Introducción

Sociedad de la desinformación: El impacto de las fake news en la esfera pública

The disinformation society: The impact of fake news on the public sphere

Editores Temáticos / Guest-edited issue:

Dr. Guillermo López-García, Universidad de Valencia (España)
Dr. Gianpietro Mazzoleni, Università degli Studi de Milano (Italia)
Dra. Eva Campos-Domínguez, Universidad de Valladolid (España)



Los procesos de comunicación tecnológica han experimentado importantes cambios desde antaño, dando lugar a un sistema de medios amplio, diverso y abierto. Los ciclos de noticias se han acelerado, la preeminencia de los medios de comunicación se ha reducido, los comunicadores se han transformado y han emergido nuevos emisores, y la capacidad de selección del público ha aumentado significativamente. En este contexto, el concepto de desinformación ha adquirido especial relevancia, puesto que el flujo incesante de mensajes con orígenes, objetivos y recorridos tan diversos dan cabida a informaciones erróneas, sesgadas o falsas; en ocasiones, se trata de errores involuntarios (misinformation), pero a menudo tienen el propósito explícito (disinformation) de confundir al público receptor y transmitirle mensajes falsos –fake news– para conseguir un resultado específico, como orientar y transformar la opinión pública.

La desinformación se ha convertido en uno de los principales problemas que acompañan a cualquier conflicto o suceso noticioso relevante. Los procesos electorales, las guerras, la pandemia de covid-19, la lucha contra el cambio climático, son hoy acontecimientos que circulan en la esfera pública circundados por múltiples mensajes de todo tipo, con fuentes diversas –y, a menudo, inidentificables–, que llegan al público por vías variadas. Este proceso, en el que la preeminencia de los medios de comunicación social es cada vez menor, forma parte de una recomposición del ecosistema comunicativo que da lugar a nuevas formas de influir en el público, nuevas formas de interacción social y, en fin, una percepción de la realidad que ya no está tan instrumentalizada por los medios como antaño. Lo cual no significa –más bien lo contrario, a juzgar por las conclusiones de los estudios que se están realizando al respecto, también en este monográfico– que el influjo de los nuevos medios y formas comunicativas dé lugar a una esfera pública necesariamente más plural y diversa.

Bien al contrario, la desinformación imperante genera ruido y distorsión informativa, y se filtra con facilidad en un escenario en el que la esfera pública está escindida y dividida en la práctica en múltiples esferas públicas más pequeñas, homogéneas y polarizadas. El pluralismo formal que como mínimo propiciaban los medios de comunicación social está siendo sustituido por una pluralidad de espacios de discusión caracterizados por la uniformidad y la opacidad, bien sea porque los mensajes disonantes no llegan o bien –en la mayoría de las ocasiones– porque, aunque lleguen, son rechazados por el público.

Este ‘Comunicar 72’, editado con apoyo del proyecto de I+D de la Generalitat Valenciana AICO2020/224, se busca indagar en las distintas representaciones de la desinformación y sus efectos sobre los medios, las fuentes y el público. Comprende cinco artículos de investigación que abordan la desinformación desde diferentes ámbitos geográficos y distintas perspectivas que ayudan a entender el papel de los tres actores clásicos de la comunicación –ciudadanía, políticos y medios de comunicación– en la sociedad de la desinformación. Los dos primeros artículos que abren este número se centran en la ciudadanía y tratan, por un lado, de analizar los efectos de los usuarios españoles como

Presentación

Introduction

Comunicar, 72, XXX, 2022

creadores y espectadores frente al desorden informativo online y, por otro, los discursos ciudadanos sobre desinformación. Gabriela Taddeo, Belinda de Frutos-Torres y María Cruz Alvarado analizan los efectos de la producción de contenidos digitales en competencias informativas para determinar si un rol activo en los medios sociales influye en las competencias informacionales. Las autoras concluyen señalando que el perfil del ciudadano creador es la variable que más contribuye a denunciar noticias falsas en las redes sociales.

Con el foco en los ciudadanos como actores comunicativos, Lidia Valera-Ordaz, Marina Requena-i-Mora, Dafne Calvo y Guillermo López-García analizan las nociones y discursos

de la población española sobre desinformación. Basándose en los grupos de discusión como método, los autores indagan en cómo los discursos muestran un panorama de declive del periodismo y de la esfera pública y cómo los ciudadanos perciben la desinformación como un fenómeno multidimensional que se asocia a cuestiones de mayor trascendencia democrática que el envío de bulos a través de Internet.

Más allá del contexto español, el tercer texto se aproxima al rol mediático de la desinformación y, centrándose en el estudio de la desinformación rusa en Europa del Este, Andreea-Alina Mogoş, Teodora-Elena Grapă, y Teodora-Felicia Şandru se centran en los marcos mediáticos de la vacunación en el sitio de noticias Sputnik en lengua rumana. De su estudio se desprende que al valor noticioso de negatividad se asocian fórmulas discursivas específicas: muerte, efectos secundarios (coágulos de sangre, trombosis, coagulación), restricciones e interdicciones o advertencias (grave, riesgo, pánico), mientras que al valor noticioso de conflicto se asocian el vocabulario bélico (defensa, batalla, pólvora) y al elitismo, actores conocidos (líderes estatales, «conspiradores» famosos) y países (actores internacionales poderosos, vecinos significativos).

En el cuarto texto de este número, Eva Campos-Domínguez, Marc Esteve-Del-Valle y Cristina Renedo-Farpón analizan las «Retóricas de desinformación parlamentaria en Twitter» tomando a los parlamentarios españoles como agentes políticos de la desinformación, con el fin de ahondar en el conocimiento de la desinformación generada por las élites políticas, sujetos clave en la gestación de narrativas polarizadoras. Los autores concluyen señalando que, si bien el volumen de mensajes de desinformación que emiten los parlamentarios en Twitter es relativamente bajo, tanto las temáticas (COVID-19, violencia de género, migrantes o colectivo LGTBI) como el tono y las líneas discursivas que plasman en sus tweets conforman pautas que contribuyen al desorden informativo, generando desconfianza en las instituciones y entre los propios representantes parlamentarios.

El número se cierra con un estudio que trata de vislumbrar pautas de futuro en la desinformación, partiendo del «Reconocimiento de la calidad como prescriptor contra la desinformación». En este artículo, Dolors Palau-Sampio, Adolfo Carratalá, Raquel Tarullo y Paz Crisóstomo pretenden conocer las competencias y habilidades para detectar contenidos de baja calidad vinculados con la desinformación por parte de estudiantes de Periodismo y Comunicación de Argentina, Chile y España. En su estudio, se muestra que la mayoría del alumnado tiene dificultades para identificar la calidad de forma precisa y que esta habilidad es mayor en los grupos avanzados; de la misma forma identifican que los futuros periodistas sobrevaloran su destreza para detectar desinformación, cuya dieta mediática se compone fundamentalmente de medios digitales y redes.

